



# AINKAA

---

Revista de Estudiantes de Ciencia Política  
Edición 2 / ISSN: 2590-7832  
Julio - diciembre de 2017

## Medellín o Angosta: la naturaleza criminal de las fronteras invisibles

---

**Juan Camilo Rúa Serna**  
Universidad Nacional de Colombia  
**Manuela Gómez Villa**  
Universidad de Antioquia





AINKAA

---

# Medellín o Angosta: la naturaleza criminal de las fronteras invisibles<sup>1</sup>

---

Juan Camilo Rúa Serna<sup>2</sup>

Manuela Gómez Villa<sup>3</sup>

“La literatura expresa a la sociedad; al expresarla la cambia, la contradice o la niega. Al retratarla, la inventa; al inventarla, la revela” (Prieto, 2010: 32).

## Resumen

El texto expone, a partir de la novela *Angosta* de Héctor Abad Faciolince, las divisiones sociales que se dan en la ciudad tanto por factores de exclusión económica como por intereses criminales de control territorial. Así, justificamos primero nuestra elección de *Angosta* como novela negra; luego, caracterizamos ambas clases de fronteras para, finalmente, explorar las conexiones entre estas, bajo la pregunta de cómo inciden las delimitaciones preexistentes en la delincuencia organizada y en la creación de nuevas fronteras.

**Palabras Clave:** Fronteras invisibles, control territorial, macrocriminalidad, novela negra.

---

1. Una primera versión de este texto se presentó como ponencia en el V Congreso Internacional de Literatura Medellín Negro, organizado por la Universidad de Antioquia en el marco de la Fiesta del Libro y la Cultura.

2. Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia y Abogado de la Universidad de Antioquia.

3. Estudiante de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia

## Introducción

Le faltan pocos metros. Un río se interpone entre él y la oportunidad que, imposible de encontrar en su propio territorio, busca en un lugar que le resulta hostil y ajeno. Se siente vigilado, aunque aparentemente pase desapercibido. Sabe que en cualquier momento puede ser asesinado. Los carros, que de tantos ya son río, no son el verdadero peligro; cruzar la calle en cambio sí. Sigue estando en Medellín, pero sabe que no puede transitarla libremente. Sus fronteras, aunque invisibles, la fragmentan. Cada sector y cada barrio, cada comuna y cada zona; pareciera regirse por normas impuestas arbitrariamente por quienes se consideran soberanos en sus territorios. Esta, aunque parece una narración meramente ficcional, se trata de una descripción que captura la realidad en la que se encuentran miles de jóvenes en las grandes ciudades del país, quienes deben enfrentarse al control territorial de actores ilegales que, ante la precaria presencia del Estado, imponen límites a la libertad de locomoción a la ciudadanía.

Estas fronteras pueden estudiarse desde muchos puntos de vista, de los cuales uno en especial nos interesa: su naturaleza criminal. En Medellín, una serie de fronteras sociales existentes han influido en el fortalecimiento de la criminalidad organizada y en la violencia generalizada, que, a su vez, inciden en la creación de nuevas fronteras. En este contexto, el objetivo de este artículo es exponer, a partir de *Angosta*, de Héctor Abad Faciolince, las divisiones sociales que se dan en la ciudad,

tanto por factores de exclusión económica como por intereses de control territorial de naturaleza delictiva y las relaciones que hay entre estos dos tipos de divisiones.

Las novelas negras, como se verá, permiten un ejercicio de develación de la realidad. En ellas, a diferencia de la clásica novela policial, el misterio no gira alrededor de la identificación de un asesino misterioso sobre el que ha caído una sombra de duda. En las novelas negras, las fracturas en el sistema, el asesino sistémico e invisible, se presenta desde las primeras hasta las últimas páginas, como el verdadero protagonista. Las novelas negras no pretenden armar el rompecabezas, sino evidenciar la deformidad de sus piezas.

*Angosta* permite, precisamente, un ejercicio de reflexión sobre una forma de criminalidad sistemática que, oculta, apartada del terreno espectacular de la noticia y la crónica roja, permanece invisible ante la preocupación de la opinión pública. Los daños que produce, las víctimas que deja, las vidas que toma, se convierten en hecho diario y cotidiano que termina por naturalizarse. De esta manera, se pretende identificar en la narrativa la relación que existe entre la exclusión que deriva de la desigualdad económica -como forma de violencia sistemática- y la exclusión delictiva que se da a partir de fronteras establecidas por actores ilegales en aquellos territorios en los que hay una precaria presencia del Estado.

Para ello, en primer lugar, justificaremos nuestra elección de *Angosta* como novela negra; en segundo, caracterizaremos las dos clases de fronteras para, en un

tercer momento, explorar las conexiones entre las delimitaciones sociales y económicas y las criminales y violentas. A partir de este análisis formularemos unas reflexiones finales.

## Angosta Negra

Los límites de la novela negra son difusos. Aunque no hay consenso sobre lo que ella es, un ejercicio de revisión de la literatura permite identificar aquello que no es. Es decir, puede aventurarse un ejercicio de definición negativa, a partir de los elementos que no representan una forma expresiva de la novela negra (Coma, 2001; Giardinelli, 2013: 17). Al explorar algunas de esas características que la novela negra no comparte puede concluirse que, aunque en principio *Angosta* no suele clasificarse como una novela negra, lo cierto es que puede verse como una forma no convencional de esta.

En ese sentido, Mempo Giardinelli (2013: 17) sostiene que no es el enigma lo que concretamente define si estamos o no ante una novela negra; el centro está, mejor, en la exposición de un conflicto que permita retratar un territorio. O como lo entiende Gamboa (2013: 81), la intención de estas novelas es hablar de los desacuerdos humanos. Al pintarnos una distopía en la que una ciudad se fragmenta en tres sectores con muros que dividen y cercos que separan, *Angosta* está dándole forma a nuestros más sensibles desacuerdos. *Angosta* no sumerge al lector en la resolución de un enigma: lo ahoga con palabras, las usa para nombrar nuestros conflictos.

Esta novela, esencialmente urbana, es también una profunda crítica a la ma-

nera en que nuestra sociedad, movida por el miedo, forma barreras de exclusión. Esta crítica se expresa a través de la exposición de los crímenes que deben perpetrarse para el mantenimiento de un orden que es en sí mismo criminal e injusto. Esta característica permitiría ubicar a la novela dentro de la variante del género negro conformado por “la novela de crítica social, generalmente urbana, que mediante la inclusión de un crimen desarrolla un mecanismo de intriga, pero cuya función fundamental es la crítica de costumbres y/o de los sistemas sociales” (Giardinelli, 2013: 61).

Ahora bien, no son centrales los enigmas, pues la resolución del crimen no apareja el restablecimiento del orden por medio de la ley. Ella ya no es relevante, por lo que los detectives son metáforas, poetas (Gamboa, 2013: 86-87), y los policías no merecen más nuestra confianza (Gramsci, 1982). En *Angosta* el crimen principal se esclarece, e incluso se hace público, pero nada pasa y la muerte de nuestro “detective” asesinado, Andrés, un poeta, no recibe ningún tipo de justicia. Los sobrevivientes, claro, no acuden a la fuerza pública pues le temen: la saben casi siempre cómplice.

Pero si el enigma ya no es centro, el crimen sigue siéndolo. Al respecto, anota Giardinelli (2013: 49) que pese a las posibles transformaciones por las que ha atravesado el género negro “lo que subsiste en esta literatura es el hecho delictivo, sin el cual no hay posibilidad de género. Subsisten la transgresión, el apropiamiento indebido, la violación a la ley, la supresión de la vida ajena [...]”. Y *Angosta* está atravesada por el crimen, por lo menos en dos senti-

dos. En primer lugar, la novela plantea un orden social donde es su misma organización política y normativa la que transgrede la protección que actualmente queremos darle a bienes jurídicos como la libertad y la vida. Por otra parte, en la historia se presentan los más diversos crímenes, acaso como parte del paisaje: bombas terroristas de la guerrilla del Jamás, amenazas e intimidaciones, asesinatos selectivos, lesiones personales, etcétera. Lo que en buena medida, corrobora que es la negra realidad de nuestros países lo que le da el color al género (Gamboa, 2012: 83).

Esa intencionalidad del crimen en la novela, de trasfondo social, es en cierto modo una ruptura a la persistencia de este género en ubicar la motivación del delito en razones individuales, un “cierto síndrome del Doctor Jekyll y Mister Hyde” (Forero, 2006: 133). Los asesinatos que comete la organización paramilitar *Secur* en la novela, podrán ser ejecutados por subalternos sin una motivación más allá de lo económico, pero los determinadores de estos crímenes, el “consejo de los Siete Sabios”, sí tienen una intencionalidad político-social: la de mantener un orden de separación y división. Esa es la gran fortaleza de esta novela, que habla de las motivaciones sociales y políticas que hay también tras nuestros crímenes.

Finalmente, las siguientes palabras de Gamboa (2013: 90), apoyan nuestra idea, cuando hablando de *Angosta* dice que “a pesar de no ser una novela negra, y tampoco una novela de ciencia ficción, no me cabe duda de que tanto Raymond Chandler como Philip K. Dick la habrían aprobado. Puede incluso que firmado”.

## Tres “sektores”: el trazado fronterizo.

*Angosta*, como Medellín, no es una ciudad sino varias. Ciudad de tres ciudades, *Angosta* está dividida por fronteras. Las particularidades de esta extraña geografía son dibujadas mediante un juego “borgiano”: la voz de un académico inventado, Heinrich Guhl, consigna la historia geográfica de *Angosta* en un libro humedecido, en donde explica que:

Desde hace treinta y dos años *Angosta* no es una ciudad abierta; nadie está autorizado a desplazarse libremente por sus distintos pisos. Al principio esta regla era tácita y cada casta permanecía en su gueto, más por costumbre o cautela que por obligación. Pero cuando arreciaron los atentados terroristas, a finales de siglo, las tropas de los países garantes acordonaron la zona, y la ciudad fue dividida, con nítidas fronteras, en tres partes: el Sektor F, correspondiente al llano de *Paradiso*, en *Tierra Fría*, con paso restringido; el Sektor T, el verdadero centro de *Angosta*, a lo largo del estrecho valle del *Turbio*, en la antigua zona cafetera; y el Sektor C, en algunas laderas de la orilla occidental del río, en *Tierra Templada*, pero sobre todo al pie y alrededor del *Salto de los Desesperados*, en *Tierra Caliente*. (Abad, 2013: 23-24)

Las notas esenciales de la naturaleza de nuestras divisiones están cubiertas por esta no tan ficticia descripción. *Angosta* permite comprender que la noción de “fronteras” no remite únicamente a lo espacial, ni es una mera segmentación político-administrativa

del suelo. Ellas son, sobre todo, un hecho social; una ruptura en el territorio de la aplicación de ciertos valores y de ciertas pautas de comportamiento. Unas fronteras que la novela ha sabido retratar en sus dos dimensiones más brutales: (i) como segmentación y exclusión social que divide a la ciudad de acuerdo a la capacidad económica y (ii) como imposición de barreras invisibles e ilegales por parte de actores criminales.

Para una mejor comprensión de la manera en que criminalidad y fronteras pueden imbricarse, haremos una caracterización de estos dos tipos de barreras. Hablaremos en primer lugar de las sociales.

La ciudad se fragmenta de acuerdo al patrimonio de sus habitantes, que pareciera ser el principal criterio para hacer efectivo el derecho a la ciudad; por lo que solo son ciudadanos de primera clase “los que tienen plata, mucha plata” (Abad, 2013: 129). En *Angosta*, solo pueden fijar su residencia en Tierra Fría, lugar de espacios públicos, de bienes y servicios de calidad, quienes puedan certificar la posesión de un patrimonio igual o superior a un millón de dólares, “sin importar sus orígenes geográficos, étnicos, religiosos o familiares” (Abad, 2013: 111). En Tierra Templada y Tierra Caliente no hay más espacio público que el reservado para la muerte y la miseria, y los espacios de socialización son casi nulos, sino es que inexistentes. Aquí, en últimas, los límites están hechos de largas hileras de billetes.

Ahora, el cruce de dicha frontera implica una sensación de extrañamiento por parte de quienes se atreven a abandonar su territorio y entrar en uno ajeno, lo

que dificulta cualquier ejercicio de comprensión de la ciudad. Andrés manifiesta esta problemática cuando afirma: “Angosta es difícil de entender, para los forasteros, y todos en el fondo somos forasteros en Angosta, porque es imposible seguir el ritmo de su crecimiento, arriba y abajo, en cualquiera de sus dos mitades o de sus tres cascos” (Abad, 2013: 140).<sup>4</sup> Y así se va forjando una especie de “micronacionalidad”, que destruye cualquier idea de ciudad que trascienda el mero espacio del barrio o el sector.

Algunos trabajos sociológicos han dicho, al respecto, que “las fronteras se constituyen en un orden para ser aprehendido por el ciudadano, por el poblador, que

---

4. Las sensaciones de este personaje tienen expresión en nuestra cotidianidad, y van en ambos sentidos, pues tan extranjero puede sentirse un habitante del asentamiento de desplazados “Nueva Jerusalén” cuando camina por las vías de El Poblado, como foráneo habrá de sentirse un vecino de Laureles en el barrio Las Independencias. Una experiencia propia, vivida en el marco de la construcción de este texto, puede ser muy buen ejemplo. Uno de los libros necesarios para nuestra fundamentación teórica (*La novela criminal*, de Román Gubern), solo se encontraba en la Biblioteca España de Santo Domingo. Consultado el libro, caminamos algunas de sus calles, cercanas siempre a la estación. Un ligero miedo, una cierta sensación de peligro, estuvo presente en el camino. Sin saber muy bien por qué, las calles no eran calles sino pasadizos encerrados de un desconocido laberinto. Bajo la guía del prejuicio, nuestro Virgilio personal, nos encontramos ante rostros familiares, pero extraños. Sus facciones son morenas o mestizas, como las nuestras, pero nos resultan diferentes. Las normas que nos cobijan son las mismas, pero sus aplicaciones muy diversas. Los motociclistas nunca llevan cascos y sus parrilleros pueden ser hombres. Seguimos caminando a Medellín, pero ya no parece ser nuestra ciudad. ¿Qué frontera hemos cruzado?

le indica lo que debe ser mirado y cómo mirarlo. Es apenas obvio que los violentos refuerzan este sentido de frontera” (Ruíz y Vélez, 2004: 20). No es por ello extraño que los “dones” de Paradiso miren con recelo a segundones y calentanos, pues son extraños a su entorno y emiten un mensaje específico, con su ropa, su mirada, la manera de hablar: todo en ellos indica una adscripción territorial y por lo tanto social y cultural que, a su vez, provoca una respuesta, en principio de rechazo.

Esta división social, en *Angosta*, ha llegado al nivel extremo de dejar de ser tácita para convertirse en una política de “apartamiento”, y es aquí donde entra la segunda clase de fronteras: las criminales. El “Apartheid” de *Angosta* basa su eficacia, en buena medida, en un brazo armado paramilitar conocido como la “Secur”, que masacra a quienes se oponen al nuevo orden establecido (Abad, 2013: 255), y ejecuta los mandatos de un temible consejo de siete criminales de alto vuelo y cuello blanco que se hacen llamar los “Siete Sabios”. Sucede entonces en la novela lo que nos ocurre día a día: grupos al margen de la ley copan los espacios que el Estado deja para hacer efectiva su norma o sus órdenes, convirtiéndose en legisladores y jueces, fiscales y verdugos.

Pero también en el “Sektor C” hay múltiples poderes. Allí, personajes como “El Putas”, de la mano de la guerrilla del Jamás, deciden quién vive y quién muere. Virginia, recordando la muerte de su hermano, asevera que no se mueve una hoja en su barrio sin la anuencia del criminal ya mencionado (Abad, 2013: 277). Es él, en últimas, el soberano.

Como veremos, estas dos fronteras se tocan, en un proceso de macabra retroalimentación: las fronteras sociales fomentan las criminales y estas últimas refuerzan y agravan las primeras, y todo ello con la mediación del crimen.

## La naturaleza criminal de las fronteras invisibles

Lo que *Angosta* logra es darle nombre y forma a nuestras fronteras y a los mecanismos criminales necesarios para su mantenimiento. La exclusión social, el olvido del Estado y de la sociedad, han formado territorios donde proto-estados criminales le han disputado al poder estatal todos sus monopolios tradicionales: el de las armas, los impuestos y la justicia, copando sus vacíos. Esto sucede no sólo en rincones apartados del país, sino, incluso, en nuestras más grandes ciudades. Tal es el caso de *Angosta* y *Medellín*. En un proceso casi inevitable, dichos vacíos y fronteras aparejan el aumento de crímenes y violencia pues hay un doble interés en el mantenimiento de estas condiciones: el de los grupos que se benefician del poder que obtienen y el de quienes tienen interés en mantener las condiciones de desigualdad y exclusión, pues ello redundaría en sustanciales beneficios económicos.

Un detalle en *Angosta* expresa esta situación. El ideólogo de la Política de Apartamiento, el gobernador Silvio Moreno, es también miembro fundador del Consejo



de los Siete Sabios (Abad, 2013: 231), cuyo brazo paramilitar, la Secur, se encarga de planear y ejecutar crímenes en contra de quienes pongan en riesgo al establecimiento. Se trata, en consecuencia, de una situación en la que la criminalidad se camufla al interior de la sociedad misma.

Que Angosta sea, para empezar, una ciudad partida por muros reales y por muros invisibles, y como si esto fuera poco, también la ciudad más violenta del planeta, con un índice de asesinatos por habitantes que está muy por encima del de Sarajevo u del de Jerusalén en sus peores momentos. Y lo más serio: esta carnicería no la comete un enemigo externo ni se puede culpar de ella a un antagonista extranjero o a un enemigo étnico o religioso, sino que es perpetrada por poderes bien identificados nativos de la propia ciudad (...) creen que es posible eliminar el descontento matando a los descontentos. (Abad, 2013: 330)

Pero además de lo anterior, *Angosta* expresa una segunda relación entre crimen y fronteras, que es acaso una advertencia. Las fronteras de exclusión se mantienen en *Angosta* gracias a una serie de prácticas violentas y delictivas, pero lo cierto es que en ella el sistema mismo, la forma de organización política y social, es injusta, y en un sentido que anotaremos a continuación, también es criminal. Para la comprensión de esta última idea nos es útil la teoría de la anomia. Durkheim formuló su teoría pensando en la transición que opera entre sociedades mecánicas a orgánicas, en donde las personas se encuentran en un cierto estado de confusión por el cual no saben por qué valores orientarse (Giro-

la, 2005: 31). Así, más que una ausencia de normas, la anomia es un Estado en el cual hay diversos órdenes normativos sin que uno alcance a imponerse por completo.

Pues bien, *Angosta* plantea un estado en el que la balanza se ha inclinado hacia el lado equivocado. Podemos identificar dos grandes sistemas valorativos y normativos: los que se inspiran en una cultura política democrática (incluyente, pluralista, legalista, etcétera) y los que se basan en una cultura mafiosa y violenta. El sistema político y social de *Angosta* es en esencia una manifestación de esta última, donde lo que prima es el ascenso económico a cualquier precio, el bienestar individual debe asegurarse sobre el general y el valor supremo del ordenamiento no es la dignidad humana sino la propiedad privada.

Esta primacía de la propiedad privada orienta la creación de tipos penales específicos e injustos, que no podrían ser pensados en un sistema donde la dignidad humana sea la máxima finalidad. Así, cruzar una determinada frontera (los *obstacles zones*) supone castigos que van desde el encierro hasta la muerte (Abad, 2013: 185); enfrentar y criticar a las autoridades es considerado desacato, lo que conlleva prisión y reseña y no portar una escarapela de identificación cuando se es tercerón puede suponer un juicio penal e incluso meses y años a la sombra (Abad, 2013: 185, 272, 281). Y es allí donde *Angosta* nos advierte hasta qué punto el miedo y nuestros intereses personales están llevando a fomentar un sistema que niega al otro y lo excluye, ¿no es el absurdo y creciente número de unidades cerradas un llamado de atención?

Ahora bien, otras relaciones pueden leerse en la novela. Las fronteras no se reducen a limitar el derecho a la movilidad y al disfrute de bienes y servicios públicos, entorpecen también los caminos de comunicación social. *Angosta* retrata nuestra carencia de canales de intercambio para ciudadanos de diversos sectores, por lo que el crimen pareciera hacerse la única forma de diálogo. Lo que sucede en la novela es ya macabro: las bombas de la guerrilla del “Jamás” estallan en los llanos de Paradiso como infernal forma de saludo, como recordatorio de existencia; y a su vez, los militares y los dones responden con misiles y metralla sobre el “Sektor C”, en un diálogo de sordos hecho de ruidos de explosión.

## Reflexiones finales

*Angosta*, como el retrato de una Medellín fragmentada, nos muestra la doble dimensión de la criminalidad en la ciudad: (i) como una respuesta a la ausencia del Estado en lo social que genera la formación de poderes con capacidad de definir espacios de los que se excluyen a todos aquellos que por ser ajenos a un determinado territorio constituyen una amenaza para quienes allí establecen las normas y (ii) como el ejercicio de violencia necesario para el mantenimiento del orden por parte de quienes tienen interés en salvaguardar sus ventajas sociales y económicas.

*Angosta* nos invita, en suma, a preguntarnos cuál es nuestro grado de responsabilidad como sociedad en la creación de espacios de exclusión y cómo los estereotipos que heredamos y repro-

ducimos crean barreras que nos impiden reconocer al otro como parte constitutiva de un mismo territorio, llevan a la estigmatización de todo lo distinto, y, en consecuencia, a su segregación. Se trata, también, de una invitación a la identificación de las múltiples formas en la que se segregan a minorías históricamente discriminadas. Las fronteras no solo dividen ciudades en cuanto a su geografía, sino también en cuanto al acceso a oportunidades. Muros, barreras invisibles -pero completamente reales- impiden que mujeres, personas con discapacidad, miembros de la comunidad LGBTI, personas mayores, comunidades indígenas, afrocolombianas, raizales, palenqueras, rrom y víctimas del conflicto armado, entre muchas otras, no puedan acceder, en igualdad de condiciones, a los derechos y oportunidades sociales que requieren para disfrutar plenamente de su condición de ciudadanos.

## Referencias

- Abad Faciolince, H. (2013).  
Angosta. Barcelona: Seix Barral.
- Coma, J. (2001). *La novela negra: historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policíaca norteamericana*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Forero Quintero, G. (2006). Indefiniciones y sospechas del género negro. *Hojas Universitarias*, 59. pp. 124-138.
- Gamboa, S. (2012). Geografía de la sospecha. Apuntes sobre la novela negra hoy. En: Forero Quintero, G. (Ed.). (2012). *Trece formas de entender la novela negra* (pp. 79-94). Bogotá: Planeta.
- Giardinelli, M. (2013). *El género negro: orígenes y evolución de la literatura policial y su influencia en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ed. Capital Intelectual.
- Girola, L. (2005). *Anomia e individualismo: del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. Azcapotzalco: Anthropos Editorial.
- Gramsci, A. (1982). "Literatura y vida nacional". En: Gubern, R. (Antologador). *La novela criminal* (pp. 19-25). Barcelona: Tusquets.
- Gubern, R. (Antologador). (1982). *La novela criminal*. Barcelona: Tusquets.
- Heno Restrepo, D. (2005). Literatura y sociedad: una perspectiva regional. *Poligramas*, 22. pp. 207-227.
- Prieto, L. (2010). *Proceso de construcción identitaria del cine en Colombia. Recursos estilísticos como medios de distinción*. (Tesis de grado en Licenciatura en comunicación audiovisual). Buenos Aires: Universidad de Palermo. Recuperado de [http://fido.palermo.edu/ser-vicios\\_dyc/proyctograduacion/archivos/812.pdf](http://fido.palermo.edu/ser-vicios_dyc/proyctograduacion/archivos/812.pdf)
- Ruíz Restrepo, J. y Vélez Cifuentes, B. (2004). *Medellín: fronteras invisibles de exclusión y violencia*. Medellín: Editorial Centro de Estudios de Opinión.

AINKAA 